

## Introducción

Bernardo Sorj  
Danilo Martuccelli

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B., and MARTUCCELLI, D. Introducción. In: *El desafío latino-americano: cohesión social y democracia* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2008, pp. XI- XXXIII. ISBN: 978-85-7982-079-3. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.

---



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

## INTRODUCCIÓN

### COHESIÓN SOCIAL Y DEMOCRACIA: ENTRE *VOICEY EXIT*

Entender la dinámica a través de la cual se construye la cohesión social en América Latina supone una inversión de perspectiva frente a la tendencia dominante que enfatiza los problemas sociales que afligen el continente. Si desconocer estas dificultades sería caer en apologías conservadoras, para entender cómo nuestras sociedades generan cohesión social<sup>1</sup> no podemos dejar de identificar igualmente los enormes recursos positivos de integración y de creatividad socio-cultural existentes en nuestras sociedades. Somos un continente donde en general no hay fuertes tensiones entre el Estado y la cultura nacional, y, comparados a la mayoría de las regiones del mundo, tenemos una gran homogeneidad lingüística y religiosa, y una arraigada tradición secular y de convivencia inter-religiosa. La conquista primero y los Estados nacionales después destruyeron las bases políticas y religiosas sobre las cuales podrían surgir movimientos político-culturales alternativos a los valores de la modernidad y la mayoría de las poblaciones de los países de la región se definen y se quieren como mestizas, lo que no excluye la existencia de racismo. No existen luchas fratricidas entre comunidades étnicas o religiosas, y en el siglo XX, las guerras inter-estatales fueron marginales y gran parte de los litigios fronterizos resuel-

---

<sup>1</sup> Para una discusión sobre el uso del concepto de cohesión social en el contexto latino-americano ver el Anexo 1 (Puntualizaciones sobre el concepto de cohesión social).

tos. La mayoría de los países poseen conciencias nacionales consolidadas y asociadas a formas de sociabilidad, estilos de vida y gustos comunes.

Pocas regiones en el mundo podrían presentar *acquis* socio-culturales similares. Inclusive a nivel económico, las bajas tasas de crecimiento del ingreso per cápita en la segunda mitad del siglo XX, no reflejan el enorme esfuerzo de aumento de la producción realizado por muchos países que en medio siglo cuadruplicaron su población. Más aún, estos países en general tenían poblaciones pobres con tasas de fertilidad muy superiores al promedio, lo que significa que la manutención de índices de desigualdad encubre procesos de movilidad social y distribución de riqueza importantes.

Junto con estos factores de cohesión social de larga duración debemos comprender cómo en la actualidad, los individuos, a partir de sus contextos y condiciones de vida específicos, inclusive de pobreza y de limitadas oportunidades de vida, son productores de sentido y de estrategias individuales y formas de solidaridad innovadoras, que no están inscriptas a priori en la historia o en las estructuras sociales. La perspectiva que defendemos puede ser interpretada erróneamente como la afirmación de un individualismo ingenuo, cuando de lo que se trata es de ir más allá del viejo determinismo estructuralista. Reconociendo la existencia de vectores de poder y de condicionantes sociales dentro y a partir de los cuales las personas definen sus estrategias y sentido de vida, el análisis social debe descubrir cómo los individuos constantemente reorganizan sus percepciones y prácticas, creando nuevas alternativas y posibilidades. En suma, se trata de aceptar la indeterminación como parte de la vida de las sociedades modernas y por lo tanto que el análisis social revela el pasado, tantea el presente, pero desconoce el futuro.

El énfasis colocado en la comprensión de los nuevos procesos sociales por los cuales pasan las sociedades del continente, realzando la riqueza y vitalidad de inclusión del tejido social, nos permitirá comprender las dinámicas contradictorias, tanto del punto de vista de la cohesión social como de la democracia que ellas generan. Esto hace necesaria una advertencia en relación a la evaluación

normativa que se da a los avances, retrocesos e insuficiencias de nuestras sociedades. Todos ellos coexisten en América Latina. Si el triunfalismo es obviamente ciego frente a los graves problemas del continente, el énfasis unilateral en nuestras carencias, sin considerar las realizaciones –igualmente presentes a pesar de insuficientes–, genera una cultura de fracaso y frustración colectiva que contribuyen al abandono del espacio público y fomenta discursos demagógicos.

El concepto de cohesión social es comparativo, lo que implica confrontar la situación actual con el pasado y con otras sociedades. Las comparaciones con los modelos (generalmente estilizados y un poco idealizados) europeo y estadounidense son inevitables, pero debemos tener cuidado con que la comparación no se transforme en explicación por carencias: somos lo que somos porque nos “faltarían” ciertas cualidades (Sorj, 2005a). La comparación con el pasado también es inevitable. Aquí el peligro, como bien sabemos, es idealizar el pasado y, sobre todo, dejar de entender los nuevos mecanismos que los diversos actores sociales, y particularmente los jóvenes, construyen para dar sentido a sus vidas.

Mantener una sensibilidad equilibrada frente a las fuerzas de cambio y de continuidad que atraviesan las sociedades es el gran desafío intelectual y político dentro del cual los científicos sociales estamos condenados a navegar. Esto es particularmente importante cuando tratamos el tema de la cultura, donde tendencias de larga duración son permanentemente actualizadas y modificadas por las transformaciones en curso. Enfatizar solamente lo novedoso o afirmar la permanencia de lo viejo con nuevo ropaje es una decisión extremadamente difícil. En nuestra investigación enfatizamos la importancia de la acción individual autónoma, en parte al margen de (o no directamente subordinada a) las grandes instituciones socializadoras y político-culturales tradicionales, como generadora de nuevas estrategias de sobrevivencia y de universos de sentido. Al mismo tiempo no dejamos de señalar que el espacio de iniciativa individual tanto afecta como es afectado por los determinantes estructurales e institucionales.

Por último, y aún a sabiendas del riesgo de generalización abusiva que ello implica inevitablemente, en este trabajo hablaremos

de América Latina. Décadas atrás la referencia a la América Latina, amén de subrayar una obvia identidad lingüística-cultural, era tanto más fácil que la evocación, así como reflejaba un momento del continente en que ideologías políticas de transformación social simplificaban y homogenizaban el mundo, reflejaba también un estadio particular de las ciencias sociales y una insuficiencia real de los conocimientos disponibles. Hoy por hoy, la situación es inversa, las ideologías políticas en torno a reivindicaciones de grupos específicos fragmentan la percepción social y paulatinamente asistimos a la inevitable y necesaria especialización de los estudios en las ciencias sociales. En este nuevo contexto, hablar de América Latina pareciera perder toda pertinencia. Nuestro proyecto, en su voluntad de continuar lo que nos parece es lo mejor del pensamiento social de la región, se rebela empero contra este desmantelamiento. Y ello por dos razones. Porque creemos que la comparación regional es decisiva para la inteligencia común de los problemas de nuestras sociedades y porque estamos convencidos que en un mundo globalizado mostrar cómo los diversos países, a pesar de la diversidad nacional, comparten procesos y tendencias comunes, es parte de nuestro compromiso como científicos sociales con el futuro de la región.

#### COHESIÓN SOCIAL, ESTRATEGIAS INDIVIDUALES E INSTITUCIONES

Buena parte de los análisis sobre la cohesión social en las sociedades contemporáneas enfatizan los cambios que están dando lugar a un mundo fragmentado y de individualización autocentrada –asociados con la pérdida de sentido de pertenencia a la comunidad nacional y falta de sensibilidad para el bien común, a la erosión de referencias tradicionales y a la expansión de sistemas de información y de deseos de acceso a una gama cada vez mayor de bienes de consumo. Todo esto coloca en el centro del tapete el tema de la explosión de las expectativas y la capacidad de respuesta que los sistemas distributivos (en particular el Estado y el mercado) tienen frente a éstas.

La forma en que estas expectativas son elaboradas por los actores sociales y las estrategias individuales y colectivas para realizarlas no se expresan en forma mecánica o exclusivamente en términos de demandas al sistema político. *Si así fuese, considerando los índices de desigualdad y pobreza en la región, los sistemas democráticos ya habrían sido ampliamente desbordados.* Para comprender las relaciones entre la situación objetiva y las estrategias seguidas por los actores sociales debemos tener en consideración la variedad de iniciativas y la multiplicación de mediaciones sociales, universos simbólicos y asociativos, que explican la relación compleja entre los individuos y los sistemas más abstractos constituidos por el mercado y el Estado.

Ayer, ante los reiterados y evidentes bloqueos económicos y políticos a los que hacían frente, los actores se asociaban entre sí al calor de ciertas identidades de clase, de género o étnicas a fin de hacer valer o defender sus intereses –es lo que Hirschman sintetizó brillantemente con el término *voice*. La llegada masiva de migrantes de las zonas rurales a las grandes ciudades y las transformaciones urbano-industriales de los años cincuenta produjo un aumento de expectativas que, al no poder ser satisfechas por el sistema social (en términos de inserción laboral y habitacional, participación política o inclusión simbólica) habrían producido una “sobrecarga” de demandas sociales que dieron lugar a patologías autoritarias o a “desbordes” que condujeron a formas diversas de desorganización social. En este contexto, las movilizaciones colectivas eran a la vez un pivote posible y una amenaza real para la cohesión social.

En la actualidad los procesos de democratización no se expresan, en general, en mayor presión sobre el sistema político, no sólo porque las formas tradicionales de participación colectiva sufrieron una fuerte erosión y las nuevas formas tienen una efectividad limitada, como porque buena parte de las iniciativas se dan al *margen* (en el campo de la intimidad, del consumo individual o eventos colectivos fuera del sistema político), *contra* el espacio público (formas de delincuencia) o *abandonando* el país. La dialéctica *voice* (expresión/participación en el espacio público) y *exit* (retracción del espacio público), permea por lo tanto nuestro análisis. Mien-

tras que la tradición latino-americana de análisis social en la segunda mitad del siglo pasado focalizó los procesos de formación de *voice*, hoy nos encontramos frente a la necesidad creciente de comprender las múltiples dinámicas de *exit*.

En todo caso, y es la tesis que defenderemos en los próximos capítulos, es indispensable leer de manera conjunta *voice* y *exit* para comprender el estado real de la movilización en Latinoamérica hoy. Y ello tanto más que entre uno y otro es probable que exista más de un vaso comunicante: la debilidad de los actores colectivos precipita la búsqueda de salidas individuales a problemas sociales. Por ejemplo, la inscripción de la emigración en el imaginario colectivo desmotiva la participación colectiva. Una ilustración que permite comprender cómo el incremento de las iniciativas individuales viene a la vez a cubrir ciertas insuficiencias institucionales y abrir otras. Es la razón por la cual, a falta de una inscripción y traducción institucionales, el riesgo de que estos factores terminen incidiendo negativamente sobre la cohesión social y en la estabilidad de las democracias es grande. Pero en el momento actual, cómo no subrayarlo, son también la promesa de otra cohesión social más democrática y horizontal.

Si la individuación es un proceso que permea el conjunto de las sociedades latinoamericanas, los ritmos de penetración y las formas en que se expresa son diferentes entre géneros, medio urbano o rural, clases sociales, nivel educacional, generaciones y países. Un mapeo más exhaustivo de la diversidad de formas en que ella se presenta en América latina y sus relaciones con variables específicas exigirá nuevas investigaciones. En este trabajo nos limitamos a indicar ejemplos de cómo las posibilidades y soportes sobre las cuales se construye la individuación son fuertemente afectados por las condiciones materiales de vida, la desigualdad social y educacional y la fragilidad institucional.

La mayor individuación implica un aumento de autonomía e iniciativa individual, un cuestionamiento y una negociación constante de las relaciones sociales, lo que conlleva, al mismo tiempo, al aumento de la opacidad entre el mundo subjetivo individual y la sociedad, analizada desde ángulos diversos por los fundadores de la sociología (alienación, anomia y desencantamiento). Esta opaci-

dad, generadora de angustia y de una amplia industria terapéutica (del psicoanálisis a productos químicos farmacéuticos), y de consumo de alcohol y drogas, también se expresa en la búsqueda constante de nuevas formas de asociativismo y de expresión colectiva (música/bailes, religión, o hinchada deportiva). Estas dinámicas no son recientes, pero su importancia fue minimizada por las ciencias sociales en pro de los grandes aglutinadores sociales del siglo XX: el mundo del trabajo, los sindicatos, los partidos e ideologías. Con la pérdida del peso relativo de estos factores, el reconocimiento y la comprensión de otros espacios de sociabilidad y de sentido pasa a ser una cuestión fundamental para entender la cohesión social en nuestras sociedades.

La ampliación del campo de la acción individual no significa empero que las instituciones dejaron de funcionar. Al contrario, dado el debilitamiento de las normas, valores y lazos tradicionales de solidaridad, la regulación pública es cada vez más exigida en dominios que anteriormente eran considerados del ámbito de la vida privada. *Aquí se encuentra quizás el núcleo central del drama de las sociedades latino-americanas contemporáneas: en la medida en que lo social, cada vez más penetrado por el mercado, no se sustenta más en los lazos sociales de dependencia, favoritismo, paternalismo, jerarquía, el Estado debe asumir el papel de fiador del pacto social entre ciudadanos libres e iguales, a través de la imposición de la ley y de la protección social.* Pero la respuesta del Estado a esta nueva realidad social se realizó en general muy mal en la mayoría de los países del continente. No solo la transformación social fue más rápida y profunda que el Estado, sino que en muchos países incluso las instituciones públicas y el sistema político parecen ser el principal refugio de la tradición clientelística y nepotista.

Igualmente el énfasis en la creciente individuación de los actores sociales no excluye en absoluto la necesidad de discursos colectivos con los cuales los individuos puedan identificarse y encontrar un sentimiento de reconocimiento y dignidad. La individuación por lo tanto no excluye ni el Estado ni la existencia de discursos políticos capaces de transmitir a los actores una valoración de sus capacidades personales y de su papel en la sociedad. La individuación subraya que los individuos, en los contextos que les es dado



vivir, son cada vez más los actores de su propia sociedad, lo que exige a su vez un discurso y una política adecuada a los nuevos tiempos.

Sin embargo, y frente a esta individuación en curso, la sociabilidad patrimonialista enraizada en el Estado posee aún una enorme fuerza, lo que pone en riesgo la credibilidad de las instituciones democráticas, pues por un lado genera apatía, frustración y repudio por la política, y por el otro fortalece en ciertos sectores la visión que el Estado es un gran cofre, y que lo único que cabe esperar es la llegada de algún líder con un discurso de Robin Hood que proponga repartir una parte del botín con los pobres. En todo caso, el reverso de esta incapacidad del Estado de regular las relaciones sociales se expresa, como veremos en detalle más adelante, en la expansión de un enorme espacio de actividades económicas no legales que favorecen una cultura de *state failure*. Y estas estrategias que se orientan hacia la ilegalidad o a la apatía frente a la política tienen efectos erosivos igualmente importantes sobre la democracia.

El desbordamiento de expectativas no implica necesariamente un desbordamiento político. Ella puede llevar igualmente a formas que canalizan/traducen/dan forma a las inquietudes y expectativas individuales en universos de sentido contruidos al margen del sistema político, a la ilegalidad o al abandono del país (emigración). La famosa tesis de Huntington de que las democracias en los países en desarrollo son desbordadas por el exceso de demandas sociales<sup>2</sup>, y que Gino Germani ya había de alguna manera anticipado en su análisis del caso argentino, sólo se aplica en los casos en que estas demandas encuentran canales político-ideológicos capaces de presionar y colocar en jaque al sistema político. Como lo veremos en los próximos capítulos, esto no es sino parcialmente verdadero

---

<sup>2</sup> La tesis básica de Huntington, de que los cambios sociales y económicos preceden las transformaciones institucionales es paradójicamente una aplicación del pensamiento marxista sobre la relación entre infraestructura y superestructura, por parte de un pensador de derecha.

hoy en día en América Latina, fundamentalmente, porque no sólo se modificaron los antiguos sistemas asociativos, sino porque sobre todo los actores individuales poseen nuevos e inéditos márgenes de iniciativas personales.

Tal vez no esté de más, presentar sinópticamente, las etapas del razonamiento que progresivamente desarrollaremos en este trabajo:

- A pesar de la permanencia de importantes desigualdades sociales en los diversos países de la región, América Latina está permeada por exigencias crecientes de igualdad y de individuación en la sociabilidad cotidiana y a nivel de las expectativas. Futuros trabajos deberán mapear cómo estos procesos de individuación adquieren características y ritmos específicos de acuerdo a países, regiones, contextos urbanos y rurales, generaciones y, particularmente las condiciones materiales de vida, formación educativa e ingreso;
- Lo anterior está asociado a la erosión de los mecanismos tradicionales de agregación social, donde estaban presentes los valores de jerarquía, distancia social y clientelismo;
- Esta tendencia se expresa en forma múltiple: en parte ella no es, como lo veremos, canalizada hacia expresiones colectivas, ni en demandas directas al sistema político, dirigiéndose hacia el mundo privado, el consumo, la violencia, la emigración, o estrategias individuales de construcción de sentido y de sobrevivencia. Pero esta tendencia también se expresa en demandas hacia un Estado más transparente, políticas sociales más solidarias e instituciones jurídicas más eficaces y universales;
- Este conjunto de cambios, exigen una relectura de la manera cómo habitualmente se piensa la realidad latinoamericana: la actual revolución democrática debe ser leída primordialmente a partir de las transformaciones estructurales en la sociedad y en la cultura. La dinámica política e institucional debe ser interpretada a partir de estos cambios.

## EL ESPACIO ANALÍTICO DE LA COHESIÓN SOCIAL

Todo lo anterior, invita a desarrollar un razonamiento capaz de dar cuenta, desde una perspectiva histórica, de los cambios que se han producido en la cohesión social en América Latina. Y ello tanto más que desde las dinámicas sociales y culturales en las que se centran los próximos capítulos, es necesario recordar las maneras cómo la cohesión social fue tradicionalmente pensada en el continente, a través de cuatro grandes mecanismos, antes de avizorar la situación actual. Cada uno de estos mecanismos engendró por lo demás patologías y temores específicos que, cíclicamente, fueron –y son– recurrentes en la región. No está de más presentar brevemente cada uno de ellos.

En primer lugar, el *lazo social* fue, sin lugar a dudas, el principal vehículo de la cohesión social latino-americana. Regresaremos sobre este punto, pero la transición es tal que no está de más hablar del fin de una era. En efecto, durante mucho tiempo la cohesión social se pensó como auto-sosteniéndose desde la propia sociabilidad. Se suponía que existía como una suerte de especificidad del lazo social en América Latina que, a diferencia notoria de lo que sucedía en las sociedades desarrolladas, era capaz de sustentarse a ella misma sin necesidad de ser articulada por instituciones políticas modernas. En el fondo, este lazo social se concibió como siendo menos que el vínculo comunitario y más que la asociación societal. Menos que la primera, porque a pesar de la nostalgia por una relación “natural” entre los actores, únicamente basada en la tradición, la presencia de lazos sociales que eran también atravesados por la política eran evidentes (tutelajes, clientelismos y padrinazgos diversos). Más que la segunda porque el carácter contractual y por ende “artificial” y “frío” de las relaciones sociales, siempre era contrastado con la expectativa de una dimensión personal y subjetiva en las relaciones interpersonales, a pesar de las diferencias sociales y económicas.

Por supuesto, las versiones fueron diferentes según los países, pero en todos lados, se subrayó la fuerza de un lazo social y de una sociabilidad cuya tenacidad hundía en una herencia cultural propia a nuestra historia pasada ya sea en las reflexiones de Gilberto Fre-

yre, de Octavio Paz o en los trabajos hechos en Chile alrededor del imaginario de la Hacienda. En este contexto, el elogio del mestizaje no fue solamente una manera sesgada de negar el racismo, fue también la voluntad de afirmar la permanencia del lazo social sobre otras bases. Obviamente que en este marco todo aquello que conspiraba contra esta sociabilidad “sustancial” era visto como una amenaza mayor a la cohesión social, comenzando por la fragmentación o la violencia, y terminando en la impronta que aún hoy en día tiene en el imaginario de la región el peligro del retorno de la “barbarie” por la “invasión” de las masas.

En segundo lugar, la cohesión social se pensó desde el papel de los *conflictos* particularmente de las clases sociales. Toda sociedad requiere, para asegurar su cohesión social, mecanismos que le permitan procesar sus conflictos sociales y organizar la representación de los intereses antagónicos, lo que enfatiza el papel de los actores sociales, y en las últimas décadas de la opinión pública. En América Latina fueron los partidos políticos y los sindicatos, más tarde los llamados nuevos movimientos sociales o la sociedad civil, sin olvidar en un período más reciente las ONG, los grandes actores sucesivos que darían sustentación a la (re)construcción de las relaciones sociales.

En este marco, la búsqueda por construir una nueva y auténtica cohesión social, desde sus inicios, no cesó de estar atravesada, en forma cíclica, por entusiasmos y por decepciones. Cada nueva generación y período era portadora de una esperanza de democratización o “redención nacional” que, adosada a un actor colectivo destacado, conocía empero, progresivamente, una serie de impases prácticos. Ahí donde en otras regiones del mundo, la institucionalización de la acción colectiva fue concebida como un elemento indispensable de la vida democrática, en Latinoamérica este proceso, siempre inconcluso dada la tendencia de los Estados a fagocitar la autonomía de los actores sociales, fue vista sucesivamente como una promesa seguida de una traición. No es así extraño que en este marco haya sido el peligro de la degradación de los actores de la cohesión social lo que más retuvo la atención de los analistas, a causa sobre todo de su subordinación reiterada a líderes autoritarios o a diversas formas de cooptación por el Estado. Pero aquí

también una novedad de talla se consolida. La democratización y la individuación en curso obligan a que los actores sociales acuerden una mayor atención a la opinión pública, la que, a su vez, y en la medida en que ésta se inscribe en un universo de horizontalidad ciudadana, transforma la manera como se representan los intereses y se negocian los conflictos.

En tercer lugar, y esta vez como en otras regiones, la cohesión social se pensó en la región desde el sistema normativo, o para ser más precisos, a partir de la vigencia de las *normas y del derecho*. Enunciar la tesis es comprender su sempiterna limitación. En efecto, a diferencia de otras sociedades, sobre todo la estadounidense, donde las normas de conducta (y su particular sustentación en la religión) son desde la fundación misma del país el verdadero cemento de la sociedad, en América latina la vigencia de las normas fue durante mucho tiempo sólo pensada a través de sus limitaciones e insuficiencias. Esto generó un discurso que insistía en la fuerza de una cultura de trasgresión, presente en todas las relaciones sociales, y que impedía encontrar en ellas el asidero de la cohesión social. En el fondo, este discurso, a diferencia de lo que sucedió con el lazo social en donde hubo tendencia a exaltar un cierto narcisismo colectivo (la “simpatía” y el “calor humano” de los latino-americanos), fue fuertemente auto-crítico puesto que ponía una y otra vez de relieve el no respeto de los acuerdos y de los compromisos (y ello tanto en la esfera pública como en el ámbito privado).

En cuarto lugar, el *Estado*, y sobre todo las políticas públicas y sus formas de intervención, han sido un horizonte mayor de la cohesión social en la región. Y ello tanto más que los Estados nacionales pudieron apoyarse desde sus inicios o bien sobre un fuerte sentimiento de pertenencia nacional o bien sobre la debilidad de reivindicaciones regionales alternativas. Si hubo un “nosotros” en América latina, éste fue durante mucho tiempo de índole nacional y estatal. El Estado fue durante la mayor parte del siglo XX, el principal actor de las sociedades latino-americanas.

Sin embargo, y a pesar de lo anterior, tanto el Estado como la nación tenían fragilidades que hoy en día son seriamente cuestio-

nadas. Por un lado, porque las reivindicaciones étnicas, en los países con contingentes importantes de poblaciones nativas, nunca dejaron de actuar y porque la identidad nacional, detrás de una aparente fachada común, nunca cesó de ser el teatro de formulaciones diversas e incluso antagónicas. Por el otro lado, porque a pesar de ser el principal actor de la escena pública, el Estado en la mayoría de los países se caracterizó por sus insuficiencias, por su limitada capacidad de intervención, y por la pesadez burocrática de una administración muchas veces sin recursos o capacidad de gasto social. La relativa ineficiencia del aparato estatal fue una constante, y tras de él, los riesgos de una desarticulación social asociada ya sea a un retorno a la anarquía o al desgobierno.

La importancia y el peso de estos mecanismos ha sido tal en la región que el debate político se estructuró alrededor de ellos. En efecto, las grandes familias políticas, amén de sus divisiones internas, pueden leerse, desde la problemática que es aquí la nuestra, como una combinación particular de estos mecanismos de cohesión social. Al fin de cuentas, si la cohesión social es indisociable de una visión de la política, la política es a su vez inseparable de una cierta conceptualización de las relaciones sociales y de poder. Si seguimos el orden propuesto, y a riesgo de cierto esquematismo, cada una de ellas aparece en el cruce de dos de estos mecanismos:

- Los “conservadores” en el continente son portadores de una visión de las relaciones sociales que tiende a basar éstas en la sociabilidad “originaria” y que otorga, en el marco de ellas, una importancia decisiva al acuerdo normativo (más que al recurso al derecho);
- Los “liberales”, de su lado, insistieron en la importancia de las libertades y por ello debieron apostar (más en la retórica que en la práctica) en la necesaria asociación entre la regulación normativo-institucional y la existencia de actores sociales autónomos;
- Los “populistas”, por el contrario, y casi de manera antitética, subrayaron la necesidad de recrear sobre nuevas bases el viejo lazo social tutelado (esto es, jerárquico, vertical, asi-

métrico), en torno a la figura del “pueblo”, y ello merced al vigor de un Estado nacional centralizador;

- Por último, los “socialistas”, a lo largo del siglo XX, y con variantes importantes según los países, se definieron, en lo que a la cohesión social se refiere, esencialmente por la búsqueda de una combinación viable entre el Estado y las movilizaciones colectivas.

Como lo vemos, un diagnóstico de este tipo, no hace justicia a un conjunto de otros factores que son portadores, al menos virtualmente, de una promesa de cohesión social creciente en América Latina en el marco de la democracia: un conjunto diverso de estrategias individuales que hacen de ellos agentes activos en la constitución de universos de sentido y que no pueden reducirse a los mecanismos anteriormente mencionados.

#### LA RECOMPOSICIÓN DE LA COHESIÓN SOCIAL

*Lo propio de América latina fue que dada las insuficiencias del Estado, el déficit de autonomía observable en las movilizaciones colectivas, o las limitaciones de las normas y del derecho, fue alrededor de la auto-sostenibilidad del lazo social (y de una cierta nostalgia conservadora) como se pensó durante mucho tiempo nuestra forma particular de cohesión social. De alguna manera, y a pesar del esquematismo, va en ello una parte de la especificidad intelectual de las ciencias sociales en la región. A diferencia de un país como los Estados Unidos, donde el peso fundador de las normas transmite a las instituciones un rol central y nunca desmentido, o de una Europa continental que según los casos optó históricamente por un modelo de cohesión social basado en un Estado republicano y jacobino o en un modelo social-demócrata o social-cristiano de compromisos y negociación, en América Latina la cohesión social se asentó fundamentalmente en el lazo social. Lo mejor del ensayismo latinoamericano –cualquiera que sean sus limitaciones– entretuvo este imaginario y en el fondo defendió esta tesis.*

En un contexto en el cual, como lo veremos en detalle en el

capítulo I, esta concepción del lazo social está en crisis, ¿qué sustituto analítico debemos subrayar para dar cuenta de la cohesión social que observamos en el continente? El debilitamiento de los grandes mecanismos sociales, culturales y políticos de integración societal invita a efectuar una apuesta en dirección de las capacidades de acción y de las iniciativas de los individuos y su potencial impacto virtuoso sobre las instituciones. Por paradójico que ello parezca en un primer momento, el individuo y la búsqueda de su autonomía, y el énfasis que ello supone en la iniciativa personal en detrimento de la noción de resignación, es cada vez más el cemento de la sociedad. *A condición de comprender empero claramente que este individuo no está, como lo piensa la tradición liberal, en el origen de la sociedad, pero que es, por el contrario, el resultado de un modo específico de hacer sociedad* (Martuccelli, 2007). Si su presencia está lejos de ser una novedad radical en la región, su ausencia fue sin embargo patente a nivel de las representaciones a tal punto los actores sociales fueron pensados en el pasado casi exclusivamente desde consideraciones colectivas o políticas. En este sentido, el individuo es una idea nueva en América Latina que permite curiosamente reexaminar con otra mirada el pasado de nuestras sociedades a la vez que abre al reconocimiento de un conjunto de nuevas posibilidades de cohesión social sobre todo en el marco de la democracia.

Precisémoslo mejor, a tal punto la afirmación puede parecer paradójica a muchos. Durante mucho tiempo, las ciencias sociales de la región supusieron que “individuos” existían en los países del norte, en los Estados Unidos y en Europa, que al amparo justamente de instituciones y de representaciones sociales les daban su razón de ser. En América Latina, por el contrario, el peso acordado a los colectivos y a la comunidad, pero también la insistencia de una mirada analítica que se centró casi exclusivamente en el dominio político condujo a descuidar, incluso simplemente negar (en términos del reconocimiento teórico) la existencia de “individuos” en nuestras sociedades. Este estudio parte de la premisa del error radical de una lectura de este tipo. *Cierto, los individuos que se afirman en América latina son el fruto de un proceso particular y distinto de individuación, pero no por ello los actores dejan de ser menos individuos. Al contrario, como lo veremos en detalle, en muchos dominios y bajo muchos*



*aspectos, pueden incluso ser vistos como siendo “más” individuos que los actores presentes en tantas otras sociedades –a tal punto los actores deben enfrentar y resolver por sí mismos problemas sociales que en otras latitudes son procesadas por las instituciones.*

En lo que sigue, nos esforzaremos en mostrar la fecundidad de este punto de vista, retomando para ello cada uno de los grandes mecanismos de cohesión social en la región. Los diferentes capítulos que componen este trabajo estarán por ello animados por una misma lógica de exposición en tres tiempos: (a) una vez recordada, en la introducción, las características específicas de cada uno de ellos, (b) nos abocaremos a mostrar sus problemas y promesas en el contexto actual usando ejemplos específicos, (c) antes de concluir señalando las formas de recomposición observables desde las prácticas individuales. Pero tal vez no esté de más indicar, rápidamente, y como guía inicial de lectura, las principales líneas de fuga que iremos precisando:

- La crisis de la conceptualización del lazo social como sociabilidad tutelada abre un nuevo espacio de reconocimiento a los vínculos interpersonales que, insuficientes en sí mismos, permiten comprender empero cómo se diseña una geografía de ayuda mutua y de solidaridades de un nuevo tipo, que no se basa más solamente en lazos comunitarios o identidades colectivas fijas, pero lo hace también cada vez más sobre vínculos afectivos, electivos o tradicionales revisitados (familia, jóvenes, inmigrantes, etc.) en los cuales las nuevas tecnologías tienen una función importante. Sobre todo, la salida del imaginario del antiguo lazo social obliga a aceptar la importancia creciente de las relaciones sociales horizontales en la región.
- El relativo debilitamiento de los actores sociales invita a que, sin abandonar el registro de la tradicional participación contestataria o asociativa, se piense igualmente en las nuevas iniciativas de los individuos. Éstas no deben ser pensadas en oposición a la acción de los movimientos sociales de antaño pero como una recomposición más o menos directa de éstos (como es en parte el caso de las

ONG) y a través de la consolidación de nuevos perfiles militantes que diseñan sobre nuevas bases el vínculo entre lo público y lo privado. Pero ello también implica reconocer el peso creciente, y por ende inédito, que le reviene a la opinión pública en la representación y negociación de los conflictos sociales.

- En lo que concierne la vigencia de las normas, nos esforzaremos en mostrar cómo a pesar del reconocimiento de sus limitaciones (la presencia de los sentimientos de abuso y de menosprecio son constantes e intensos en muchos contextos nacionales), existe empero una tendencia que no cesa de acentuarse y que pasa, cada vez más, por un recurso renovado al derecho. Aquí también, y sin que ello sea privativo de los individuos, puesto que muchos actores colectivos inflexionan sus movilizaciones en este sentido, el hecho que los ciudadanos exijan derechos es un proceso de alta importancia (cuya expresión más noble hoy en día lo constituye, incluso comparando la experiencia latino-americana a la de otras regiones del mundo, la lucha contra la corrupción y la defensa de los derechos humanos).
- Por último, y en lo que concierne al Estado, veremos cómo el momento actual se inscribe en la continuidad de los avatares tradicionales del Estado-nación y la democracia en la región, y cómo los nuevos desafíos que estos deben enfrentar hoy en día en términos de libertades, de políticas o de regulación económica convoca igualmente a una transición en la cual progresivamente se pasa de una lógica exclusiva de participación o de representación hacia una lógica generalizada del acceso a los servicios públicos, bienes de consumo e inclusión simbólica.

Lo anterior nos permite explicitar mejor el eje central de este trabajo. Durante mucho tiempo, la toma en consideración del individuo en la región, y de sus expectativas crecientes, sólo lo fue las más de las veces en tanto que amenaza para la cohesión social. El razonamiento era el siguiente: sometidas a un conjunto de influencias culturales foráneas, las sociedades latino-americanas engen-

draban expectativas individuales y colectivas que, incapaces de ser satisfechas, daban lugar a fenómenos de desbordamiento del sistema político y a frustraciones sociales diversas. En breve, la revolución de las expectativas propiciaba anhelos y deseos subjetivos entre los actores que la sociedad era incapaz de regular y que iban en contra de las posibilidades objetivas reales de cada uno de ellos.

Lo que nuestro trabajo subraya es, por el contrario, que en el contexto actual esta revolución de expectativas se acompaña por un incremento real de las iniciativas de los individuos que hoy en día es la principal fuerza democratizadora de la sociedad. Por supuesto, esto no quiere decir que los individuos puedan ser concebidos como estando “fuera” o en “contra” de la sociedad puesto que, justamente, sus iniciativas requieren de recursos culturales e institucionales para poder ser actualizadas. Pero, por otro lado, las insuficiencias de las instituciones o políticas públicas puede llevar a que estas iniciativas se realicen a veces al margen, en contra o erosionando las propias instituciones.

En resumen: la revolución de las expectativas y la irrupción de las masas que la acompañó fueron ayer entrevistas a la vez como un factor democratizador y un riesgo bien real para la cohesión social en democracia. Hoy, el incremento de las iniciativas de los individuos, siempre en el marco de un aumento de expectativas, introduce otra dialéctica entre las instituciones y los actores: si por un lado, las iniciativas individuales dependen de recursos institucionales, por el otro lado, estas iniciativas las corrigen y completan, si bien también pueden reproducir y aumentar, las insuficiencias institucionales. No es siempre, por lo tanto, un círculo virtuoso. Pero es, sin lugar a dudas, una forma activa de generación de nuevas formas de cohesión social con promesas democratizadoras.

## CONCLUSIONES

El tema de la cohesión supone un enorme desafío para los científicos sociales de la región. En las últimas décadas fue domi-

nante en las ciencias sociales el énfasis en el conflicto social como fuente del progreso y del cambio social –visto como asociado a grandes transformaciones de la estructura de la sociedad. Pero progresivamente se descubre que la democracia no avanza por saltos sino por la acumulación de pequeños cambios y que tan importante como el conflicto lo son también las normas comunes de convivencia.

Las clases sociales perdieron su centralidad en las nuevas formas de conflictividad social, y las relaciones entre Estado y ciudadanos no poseen la aparente transparencia que los esquemas ideológicos de antaño nos transmitían. Se expanden nuevas redes sociales extremadamente plásticas junto con organizaciones de la sociedad civil cada vez más actuantes, pero de eficacia no siempre obvia. Las formas de actuación del poder (económico, político, cultural) perdieron nitidez así como capacidad de transmitir o imponer valores o decisiones, lo que no significa que desaparecieron. Así tenemos una dinámica compleja entre centros de poder y redes sociales que se comunican en forma oblicua, y que el análisis tiene dificultades de develar.

El impacto de una mayor especialización temática y disciplinar llevó a las ciencias sociales de la región a un mayor rigor empírico pero también al abandono de la tradición clásica del pensamiento social latino-americano, sensible a la diversidad de las trayectorias nacionales y a los estudios comparados, a la necesidad de un diálogo entre disciplinas para comprender la complejidad de las dinámicas sociales y dispuesta a lanzar nuevos conceptos e hipótesis que den sentido a las realidades locales. Parte del esfuerzo de nuestra investigación es recuperar esta tradición y, en la medida de nuestras posibilidades, hacer uso de una mayor osadía intelectual, lo que incluye, a veces, el ensayismo como estilo intelectual.

En la última década a través del concepto de múltiples modernidades se consolidó en las ciencias sociales la noción de que la modernización no implica un camino unilineal o un punto único de llegada. Esta visión, que ya estaba presente en los mejores trabajos asociados a la teoría de la dependencia, tiene la virtud de reconocer la importancia de la diversidad de trayectorias históricas y de

las formas particulares por las que cada sociedad integra las innovaciones políticas y culturales del mundo contemporáneo. Sin embargo, así y todo, el concepto de múltiples modernidades no deja de presentar problemas específicos, en particular el de llevar a un relativismo generalizado, donde en nombre del respeto a la diversidad se afirma que todas las expresiones culturales son equivalentes o, en su versión opuesta y simétrica, se vuelve esencial la cultura y se concluye que la democracia solamente es viable en contextos muy particulares.

Con el relativo fracaso de las reformas estructurales en la reducción de la desigualdad y transformación de las instituciones, la problemática de las múltiples modernidades comenzó a penetrar el mundo de los *policy makers*. Así, las agencias internacionales se vieron obligadas a reconocer la importancia de la diversidad y la especificidad de los contextos históricos y socio-culturales. Pero este reconocimiento, hasta el momento, sólo se ha traducido en tímidos esfuerzos analíticos. La perspectiva que asumimos es que en América Latina existe un amplio consenso sobre el mundo deseable (un orden social democrático que asegure las libertades, el orden público, reduzca la extrema desigualdad y la pobreza, aumente la transparencia en el uso de los recursos públicos), pero que la construcción de este nuevo orden no puede desconocer las trayectorias históricas y los padrones sociales, políticos y culturales dominantes. En este sentido, se trata de renovar una agenda clásica del pensamiento social latino-americano: comprender cómo las tendencias dominantes en el sistema internacional se actualizan en nuestras sociedades para identificar los problemas y desafíos que separan lo que somos de lo que quisiéramos ser, reconociendo la tensión inevitable entre la realidad y el mundo deseado, entre las grandes tendencias históricas que emergen en los centros hegemónicos y las formas en que ellas se actualizan en la región.

La visión de la cohesión social como un concepto a ser construido en diálogo entre las diferentes disciplinas (economía, sociología, ciencia política, antropología e historia) aumenta enormemente la diversidad y complejidad de los temas a ser tratados así como la necesaria atención que debe otorgarse a las diferentes rea-

lidades nacionales. *El objetivo de este estudio es avanzar en una perspectiva analítica sobre las sociedades latinoamericanas contemporáneas, sin pretender un estudio sistemático y exhaustivo de los múltiples aspectos de la vida social en la región.* En este trabajo, ciertos temas, como por ejemplo los movimientos sociales, fueron tratados puntualmente y deberán ser integrados en el futuro en estudios más completos. Enfatizamos algunos temas asociados a tendencias emergentes que son fundamentales para la cohesión social y generalmente son insuficientemente considerados, inclusive porque no poseen la nitidez y transparencia aparente que presentan las organizaciones asociadas a discursos políticos o ideológicos. Y en estos puntos, hemos tenido que limitarnos a algunos ejemplos dejando de lado áreas que son fundamentales para la cohesión social, como las transformaciones en la familia y las relaciones de género, la educación, los medios de comunicación de masas y la formación de la opinión pública, el mundo del trabajo (que sólo tratamos desde el ángulo del sindicalismo), el sector informal, los nuevos héroes de la cultura mediática, la formación de las elites intelectuales y empresariales –que están pasando por procesos acelerados de internacionalización–, y el deporte, muchas veces el principal medio de expresión de los sentimientos de identificación nacional.

El tema de la globalización atraviesa cada uno de los temas, por lo cual no le dedicamos una sección particular. Las relaciones internacionales sólo fueron tratadas en el análisis de las redes de crimen organizado, la emigración o el nuevo populismo. No estudiamos por lo demás los temas emergentes en las relaciones inter-Estados, un área particularmente relevante pues nuevas tensiones comienzan a recorrer el continente, colocando en cuestión la relativa paz a la cual nos acostumbró el siglo XX. La creciente interdependencia de infraestructuras, de fuentes energéticas y de las economías que por un lado fortalecen la integración regional, por el otro lado también genera formas crecientes de tensión. Si hasta poco tiempo atrás las nacionalizaciones significaban la desapropiación y enfrentamientos con empresas y países desarrollados, cada vez más las empresas nacionalizadas pertenecen a un país vecino, latinoamericano. La dependencia de países limítrofes hacia recur-

Los recursos energéticos ha sido utilizada para objetivos políticos, como en el caso de Bolivia en relación a no vender el gas para Chile, o la movilización de sentimientos de animosidad frente al vecino más poderoso, como en el caso de Bolivia y Paraguay en relación al Brasil. Muchas regiones fronterizas se han transformado en fuentes de conflictividad a causa de movimientos migratorios o de contrabando y el tema de la protección del medio ambiente está generando conflictos entre países, siendo el más notable el de las pape-leras, entre Argentina y Uruguay. En suma, América Latina puede estar perdiendo uno de sus grandes recursos como región, la convivencia armónica entre los países, con el uso de la xenofobia frente a los vecinos como recurso político.

En los próximos capítulos presentamos una visión de la dinámica social del continente, conscientes de que se trata de una primera aproximación, haciendo uso extensivo de los trabajos producidos especialmente para este proyecto, debidamente citados en cada sección. Si bien estas contribuciones fueron fundamentales en la elaboración de nuestro texto, los autores no son responsables por la edición y el uso realizado, que muchas veces retoma literalmente sus propias palabras, en otras prolonga sus análisis, pero en varias otras ocasiones modifica el argumento original. A ellos nuestro agradecimiento y total des-responsabilización por eventuales errores o discrepancias de interpretación<sup>3</sup>. Sin su concurso, este estudio jamás habría podido ser realizado. La masa de conocimientos hoy en día disponible y necesaria para un esfuerzo de este tipo es tal, que el proyecto de ofrecer una imagen sintética de los cambios en la cohesión social en la región excede, en mucho, la capacidad de todo investigador (o de dos investigadores). En cada una de las secciones abordadas, nos hemos por ello apoyado muchas veces en sus juicios y evaluaciones, pero por sobre todo en los conocimientos que aportaron como expertos reconocidos en cada una de las áreas tratadas.

---

<sup>3</sup> Los textos se encuentran disponibles en el site [www.plataformademocratica.org](http://www.plataformademocratica.org)

Finalmente, quisiéramos agradecer a Juan Carlos Torres, Sergio Fausto y Simon Schwartznan por los comentarios a una primera versión de este trabajo y a todos los participantes del seminario organizado en Santiago de Chile por la CIEPLAN y en Buenos Aires por la Representación de la Universidad de Bologna, y en particular a los comentaristas de los varios capítulos por las críticas que contribuyeron a la elaboración de la versión final del libro.